y cuando al principio entraron por aquella tierra los españoles, eran tantos y tan grandes los pueblos y lugares y de tan inmensas gentes, que a los que iban adelante les parecían ciudades tan grandes como la de Mexico y, volviendo al capitán con mucho gozo, le pedían albricias por hallarlas tan parecidas a ella, en el gentío y edificios nobles, así de templos de ídolos, como de casas de señores; y esto era cuasi a cada paso. Tanta como ésta era la poblazón de aquella tierra y la fecundidad de los moradores de ella.

Yendo predicando religiosos de mi padre San Francisco y confesando por la provincia zapoteca (cuya cabeza es Tequantepec) llegaron a un pueblo llamado Mictlan (que quiere decir Infierno) y fuera de contar la muchedumbre de gente que en el pueblo había, notaron los más soberbios y suntuosos edificios de cuantos habían visto en esta Nueva España; entre los cuales fue un templo del demonio y aposentos para morada de sus infernales ministros, y entre otras muchas cosas que en él había muy de ver, era una sala, cuya obra era artesonada, edificada de piedra labrada de muchos lazos y otras muy curiosas labores. Había muchas portadas y cada una de solas tres piedras, dos en hileras a los lados y otra atravesada encima, de manera que con ser muy altas y espaciosas estas puertas, eran las piedras suficientes para el edificio; tan gruesas y tan anchas eran que afirman poderse hallar pocas sus semejantes.

Había en aquellos edificios, o cuadro de templo, otra sala toda armada sobre pilares redondos de piedra muy altos, y tan gruesos que apenas dos hombres de buena estatura los podían abrazar, ni juntar las puntas de los dedos el uno con el otro; y estos pilares eran todos de una pieza y, según dijeron, todo el pilar y columna de alto abajo tenía cinco brazas y eran muy semejantes a los de la iglesia de Santa María la Mayor en Roma, todos muy bien y lisamente labrados.

CAPÍTULO XXX. *De la fundación de la Ciudad de los Ángeles, de su sitio y aumento*

A CIUDAD DE LOS ÁNGELES (según tradición, relación y noticia verdadera de los antiguos) fue fundada primero de indios naturales, los cuales por guerras que tuvieron con enemigos convecinos se despobló, quedando el sitio destruido y asolado, y no pienso que esto fuese hecho acaso sino muy a consejo y acuerdo de Dios, el cual para honra de sus ángeles quería que allí, en aquel mismo lugar, fuese edificada ciudad cuyo nombre y blasón fuese de ellos y que se conociese en la tierra (destruyendo el sitio de la falsa adoración de los ídolos y debajo de ellos los ángeles malos y rebeldes el poder que contra ellos les dio Dios en el cielo, echándolos de él confusos y avergonzados de haber acometido pensamiento tan loco y atrevido como era apetecer la igualdad de su majestad altísima,

siendo hechuras suyas y obra de sus manos, y que no sólo le debieron perseguir en el cielo (con celo de tan conocida justicia) sino que en la tierra era razón que le hiciesen guerra llevando siempre adelante (y no decayendo un punto) de la alteza que en esta defensa y victoria merecieron.

La fundación de esta ilustre ciudad fue en esta manera: como la gente española iba creciendo en número, por la mucha que de España pasaba a estas partes de Anahuac y no hubiese otra dónde asistir, sino la de Mexico, y todos anduviesen ya cuasi vagabundos y aguardando encomiendas de pueblos, sin aplicarse a ningún ejercicio y por esta causa todos anduviesen holgazanes mano sobre mano, trataron los religiosos de mi padre San Francisco de consultar a los señores de la Audiencia, que entonces gobernaban, el presidente, el señor obispo don Sebastián Ramírez de Fuenleal, oidores, el licenciado Juan de Salmerón, el licenciado Alonso Maldonado, el licenciado Francisco Zahinos, y el licenciado Vasco de Quiroga, sobre que fuesen servidos de mandar fundar y edificar otra ciudad y pueblo donde parte de los españoles pudiesen aplicarse a labranzas y cultura de tierras al modo y manera de España, pues la tierra presente ofrecía mucha bondad y comodo para este efecto, y que con este entretenimiento se ocuparían los hombres y dejarían de andar ociosos y baldíos, esperando repartimientos y encomiendas de indios; y que haciendo esto harían pueblo donde se recogerían muchos cristianos y darían principio en uno para muchos que después se irían fundando, que de esta manera (hallándose los españoles prendados con haciendas) tomarían amor a la tierra y no suspirarían y clamarían por volverse a España y darían en esto buen ejemplo a los naturales de ella, y unos a otros se ayudarían y favorecerían.

Oídas estas razones, de nuestros antiguos y santos padres por los señores presidente y oidores y conocido el santo pecho y cristiano celo con que lo decían y la razón grande con que hablaban, determinaron de tomar el consejo y, dando recaudos bastantes para ello, encomendaron esta nueva fundación a los dichos religiosos, en compañía de la justicia real, que llevaba comisión para hacerla. Y habiendo visto y examinado muchos y diversos sitios fue elegido, de común parecer, el que ahora tiene, por las muchas particularidades y circunstancias que en él concurren.

Hecha pues la elección del lugar, y buscados moradores para poblarle, fue llamada gente de los pueblos y ciudades comarcanas, la cual fue mucha en número, porque de Tlaxcalla vinieron siete o ocho mil indios, y de Huexotzinco otros tantos, de Tepeyacac y otras provincias este número o pocos menos, todos con los materiales para hacer la planta de la nueva poblazón (que fue en sus principios de madera y paja). Venían los dichos indios a la nueva fundación repartidos muy en orden. Entraban cantando y bailando y tañendo campanas y atabales en favor de el pueblo nuevo y cristiano, y con tanto regocijo, que parecía entonces que el regocijo que los ángeles hacen en el cielo, según la palabra de Cristo nuestro señor, cuando un pecador se convierte, se mostraba con voces y cantos de placer en las bocas de aquellos nuevos cristianos y recién convertidos a la fe, en la fundación de aquel su nuevo pueblo, que para que en él fuese Dios

alabado, en su nombre, entonces se fundaba; pareciendo también en aquellos regocijos y placeres, con que se principiaba aquella obra, que ya desterraban de aquel lugar al príncipe de las tinieblas y echaban fuera la adoración falsa y engañoso culto que en otro tiempo allí se le hizo; y que saliendo desterrados por una parte los demonios y huyendo de el cristianismo, entraba Dios triunfando por otra, enconmedando aquella frontera y sitio a los ángeles que tan fieles amigos, en todas las ocasiones, los había hallado.

Aparejado todo y juntos los peones que habían de trabajar en la fábrica del nuevo pueblo, a diez y seis días del mes de abril del año de mil y quinientos y treinta, en la infraoctava de Pascua de Resurrección y día de Santo Toribio, obispo de Astorga, limpiaron el sitio y echados los cordeles por un oficial de albañil que se halló presente, después de haberse dicho misa que fue la primera que allí se dijo por el padre fray Toribio Motolinía, en cuya presencia se hizo la traza y repartieron los solares, que certifica no fueron más de cuarenta en número, por no ser más los pobladores que venían a poblarlo; cuyas casas acabaron los dichos indios comarcanos en sola una semana; y aunque edificios pobres, no tan estrechos y cortos que no tuviesen mansiones necesarias y bastantes para el servicio de el morador de ella.

Después de situado el pueblo y rancheados en él sus pocos moradores, fue de manera lo que llovió aquel año que por no estar pisada la tierra parecía pantano; por cuya causa estuvieron los vecinos por desampararlo, aunque como el sitio era de ángeles lo ampararon de suerte que detuvieron a sus moradores, y después que desaguaron sus calles, por acequias que abrieron, quedó tan enjuto y bueno como los muy trillados y enjutos; y el lugarejo, que en sus principios pareció poco y despreciado, fue luego creciendo en número de gente tanto, que es ahora (después de Mexico) el mejor de la Nueva España; de cuya populosidad y gentío (con otras cosas que en él concurren) informada la majestad real, le dio título de ciudad y comunicó muchos fueros y privilegios, como de presente los tiene y goza.

De presente es la segunda poblazón de esta Nueva España, de las mejores y más llena de gente, de las que hay. Tiene catedral, porque aunque el obispo de aquel obispado se llama e intitula de Tlaxcalla tiene su silla en la de los Ángeles, por razón de ser de españoles; y como la dicha ciudad no estaba poblada cuando vino el primer obispo, tomó la posesión en la de Tlaxcalla, por ser la cabeza de aquella señoría y provincia y de donde comenzaba el obispado. Tiene seis conventos de religiosos, cinco de monjas, otra parroquia más de la Iglesia Mayor. Tiene sus cabildos, así eclesiástico como secular y es regida por alcalde mayor elegido por el virrey de esta Nueva España. Tiene muchos y muy buenos edificios, porque aunque a los principios comenzó a fundarse esta ciudad de madera y paja y luego de adobe y tosca, tan a lo tosco como lo eran los materiales, después acá, como ha ido creciendo el número de la gente, se ha ido edificando más pulida y artificiosamente, como por gente que ya permanece en aquel lugar y hace haciendas para sus sucesores y herederos. Esta ciu-

dad es el refugio para las flotas que vienen de España a estas Indias, porque en ella se proveen de matalotaje, así de cecinas de puerco como de bizcocho, porque en ella más que en otra parte se usa este trato. Hay muchos obrajes donde se hacen paños y sayales de diversas colores para el gasto y vestuario de la gente y otras cosas de servicio muy necesarias. Hácese en la plaza de esta ciudad un mercado y feria todos los jueves de la semana, a los cuales acude gente mucha de la comarca, con que se abastece la dicha ciudad de muchísimas cosas que al dicho mercado se traen y venden, en especial aves, así de Castilla, como de la tierra. Aunque este sitio de esta ciudad era un eriazo cuando al principio se fundó, y no tener indio morador una legua en su contorno, después que fue habitado de españoles se ha ido poblando también de indios de diversas partes, los cuales están fuera de los españoles y cuasi como cerca de la ciudad, cuyas congregaciones y vecindades son los barrios de esta ciudad y son muchos en número los que se han poblado y pueblan de nuevo cada día.

Tuvo esta ciudad, en sus principios (y aún después algunos años de su fundación), muchísimas contradiciones y estorbos para que antes fuese a menos que a más; pero con ser tantos parece que habiéndole de ser muro, que les atajase su ampliación y medra, eran las mismas contradiciones azadas con que les abrían los cimientos para edificar más casas; y de aquí me obligo yo, a mí mismo, a creer que los ángeles, en cuyo amparo se pusieron y a cuya protección se dejaron sus primeros fundadores, los han defendido y librado de las manos y pechos mal intencionados de los contrarios; y así ha ido creciendo y ensanchando sus costados como amparada y defendida de ángeles. Está situada esta ciudad en una gran vega y rodeada de grandísimas llanadas. Pásale a poco menos de una legua un muy gran río, a la parte del poniente, el cual nace de dos fuentes (como otro Jordán) que manan al pie de la Sierra Nevada, la una y la otra en otras serrezuelas que de ésta distan cuatro leguas.

Siendo averiguado que para haber de fundar pueblo se ha de buscar el sitio que tenga las condiciones requisitas, es lo mucho tenerlas la ciudad de los Ángeles, porque así de aguas, como de montes, pastos y comarcas de gente que pueda sustentarla está muy rodeada. En aguas es tan abundante que casi pasa por medio de la ciudad un arroyo con cuya agua muelen muchas paradas de molinos. Tiene a su redonda muchos ojos y manantiales, algunos de agua muy buena y otros de agua salobre y azufrada. Está rodeada de ciudades, cáele a la parte de el norte, cuatro leguas, la de Tlaxcalla; a la del oriente, seis leguas, la de Tepeaca y a la del poniente, dos leguas, la de Cholulla y otras tres adelante, la de Huexotzinco (cuasi al mediodía), luego la villa de Atrisco, seis leguas. Estas ciudades, cuando se fundó la de la Puebla, eran populosísimas y ahora son de las mejores y más llenas poblazones que hay en la Nueva España. Tiene otros muchísimos pueblos en su contorno y comarca, de manera que por ser el sitio tan rodeado de gente y tan apacible fue escogido para la ciudad que se fundó con nombre de Ángeles. No tiene necesidad de ir lejos por los materiales, porque para la madera tiene el bosque a una legua, y la piedra y cal dentro

de sus casas, porque todas ellas están fundadas y cimentadas sobre piedra de cal que la sacan como laja y de ella hacen paredes y cal para juntarlas.

Tiene esta ciudad a su redonda y circuito muchas huertas de muchas y muy buenas frutas, así de las de España como algunas de las de la tierra, en especial las que se dan en tierra fría; y es tan fértil la tierra que da ciento por uno, y refiere el padre fray Toribio en sus *Memoriales* que, en el sitio que ahora es San Francisco, había sembrado aquel año, que se edificó, su amo una hanega de trigo y cogió ciento de ella; y no era el primer año aquél sino el quinto que se sembraba. De manera que si Palestina era muy alabada y aun en grande manera engrandecida en la Escritura, porque cogió Isaac ciento por uno, no menos ésta, como adelante se verá, tratando de la fertilidad, vigor y fuerza de la tierra.

En este lugar caían muchos rayos (y un día, como yo lo vi, tres y mataron tres personas) y un lego de nuestra orden, devoto y siervo de Dios, temiendo naturalmente el espantoso ruido y muerte repentina que causa, suplicó a Dios librase aquel convento de la furia y aceleración; y como el Señor no falta, al que de corazón le llama, oyó su petición y desde entonces nunca más se vio caer rayo en todo el circuito y compás de el convento, siendo muy continuos en la ciudad y por toda su redonda. Por ruegos de aquel su especial siervo se vido, que cayendo un rayo dentro de la cerca de la huerta fue dando en un muy grueso álamo que estaba muy junto a la pared y, quebrándolo, dieron rayo y árbol fuera de la cerca; y era tanta la fe que se tenía con la prerrogativa, que decían los religiosos que aquel bendito lego había alcanzado de Dios que aunque viniesen tempestades y se oyesen truenos muy espantosos y viesen relámpagos grandísimos no temían ser ofendidos de rayos (tanto como esto puede la fe y confianza que se tiene en las promesas de Dios, porque aunque de nuestra parte haya falta y quiebra, de la del soberano Dios hay estabilidad y fijeza). Muchos años después (siendo tantos los rayos que caían y el daño que hacía y temor que causaba) eligieron por patrón de aquella ciudad y defensor de las inclemencias celestes, contra los rayos, al gloriosísimo padre San Joseph, cuya iglesia sirve de parroquia, y desde entonces parece que ha sido servida la majestad de Dios de mitigar aquel furor y dar más segura confianza a sus moradores.

En el dicho convento de San Francisco, entre los religiosos que están enterrados, que acabaron su curso con olor de santidad y fama de virtud, está el cuerpo de el beato fray Sebastián de Aparicio, a quien Dios ha querido ilustrar con gran suma de milagros que por sus merecimientos ha obrado en muchas personas, y porque de ellos y de su vida santa compuse un libro los años atrás (el cual anda de molde e impreso, al cual me remito) callo sus maravillosas obras. En esta dicha iglesia está también la imagen de nuestra señora, que llaman la Conquistadora, que dicen los antiguos que la trajeron los primeros que vinieron de España, a la cual hallaron favorable en diversas ocasiones y por hablar más ciertamente en todas, y la tienen en gran veneración, la cual resplandece por milagros y la tienen por reliquia muy preciosa, tanto por ser imagen y semejanza de la virgen san-

tísima, madre de Dios, cuanto porque con particular respeto es acatada de todos y por quien la virgen reina de los cielos es muy invocada para particulares milagros.

CAPÍTULO XXXI. *De la Villa de Carrión y Valle de Atrisco y su tierra*

INCO LEGUAS DE ESTA CIUDAD de los Ángeles (y casi a las haldas de el volcán y parte de el poniente) hay una vega, en la cual está situada la Villa de Atrisco (o Carrión). Antes de ser este lugar poseído de españoles lo fue de indios, y fueron tantos sus moradores cuanto la antigüedad lo manifiesta. Tuvo y de presente tiene diversos nombres este valle o vega; uno es Atlixco, otro Acapetlahuaca y otro Huehuecuauhquecholla, de los cuales nombres usaron los indios en su antigüedad por diversos respectos, los cuales, no sabidos de los españoles causó en ellos confusión; y porque las escrituras (en especial siendo historia) han de sacar de ella y allanar dudas, decimos que aunque a todo el valle le llaman de Atrisco, no cae el proprio lugar que tiene este nombre en el que tienen de presente ocupado los españoles, sino dos leguas más arriba, muy pegado a las faldas del volcán, junto al cual sitio nace una fuente hermosísima, de la cual y de otras fuentecillas y manantiales que tiene en su contorno se forma el río grande que riega casi toda aquella vega y valle; y así viene el nombre de el lugar con el agua que de los manantiales mana y nace; porque Atrisco quiere decir en la haz o superficie del agua y de presente llaman los españoles aquellos manantiales las fuentes de San Balthasar, que es un pueblo que está situado en su nacimiento y muy conjunto con el que se llama Atrisco; y como este río que riega esta vega nace en Atlixco, le llaman Atrisco.

Llamóse (y los indios aún la llaman ahora) Huehuecuauhquechola o Cuauhquecholla la Vieja, cuya denominación y etimología la toma de cierto pájaro muy galano llamado cuauhquecholli. La razón es porque en los tiempos antiguos, los que ahora están en Cuauhquecholla (que es tres leguas más abajo hacia la parte de el mediodía) fundaron en este lugar su pueblo; y como fuese multiplicando y creciendo en número de gente, fueron también creciendo en arrogancia y orgullo; y pareciéndoles ya poca su tierra y queriéndose enseñorear de la ajena fueron a dar guerra a los de Calpa, que es cuatro leguas más arriba, hacia la parte de el norte, en contra de este lugar; los cuales, como descuidados de recibir traición de sus vecinos, fueron molestados, muertos y cautivos muchos de ellos; lo cual, visto por los calpaneses y que su mayor valentía era huir (siendo cierto que la mayor valentía contra una traición es saber huir y escaparse de ella). Fuéronse retirando los de el pueblo, hacia Huexotzinco, que está una legua de éste adelante y en él se defendieron y escaparon de la muerte, que como descuidados de el daño y desapercebidos en su defensa iban recibiendo.